KANT, FILÓSOFO DE LA LIBERTAD*

*Enrique Serrano***

Uno de los acontecimientos culturales más importantes, dentro del complejo proceso que dio lugar al mundo moderno, consistió en el reconocimiento de que habitamos en un universo infinito. Con ello se cuestionó de manera radical el presupuesto de la *gran cadena del Ser*, esto es, la idea de que nos encontramos en un mundo ordenado jerárquicamente, en el que cada ente tiene un lugar y una función predeterminados. No es extraño que la Iglesia católica reaccionara con tanta violencia en contra de aquellos astrónomos que osaban escudriñar el cielo para constatar la presencia en él de una pluralidad de mundos. De acuerdo con la metafísica tradicional, parecía que el relativismo espacio temporal conducía a un relativismo moral, ya que la noción de universo infinito implica negar la posibilidad de acceder al conocimiento de un orden objetivo, del cual se pudieran deducir las normas que deben guiar las acciones. Dicho de otra manera, se cierra la posibilidad de encontrar un fundamento del deber ser en el ser, como plantearía más tarde Hume.

Sin duda, este acontecimiento se puede describir como una gran catástrofe, pues representa la pérdida de la seguridad y la estabilidad

185

* El objetivo de este texto consiste, únicamente, en invitar a leer la filosofía práctica de Kant más allá de las interpretaciones y críticas que habitualmente dominan la vida académica en este país.

** Profesor de tiempo completo, UAM-Iztapalapa.

ENRIQUE SERRANO

que ofrecía la visión de un mundo cerrado.¹ Sin embargo, también puede ser percibido como un reto, en el que se encuentra en juego la capacidad de los seres humanos para construir un sentido que unifique sus voluntades, sin suprimir la pluralidad de formas de vida. Desde esta perspectiva, la pérdida de los valores tradicionales y su estática jerarquía es lo que permite generar nuevas escalas de valores, que tienen en común situar en su cúspide la libertad. Ésta es la manera en que Kant asume el proceso histórico que da lugar a la modernidad. Recordemos el conocido texto con el que concluye su *Crítica de la razón práctica*:

186

Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, de manera renovada y creciente, cuanto con más frecuencia y aplicación se ocupa de ellas la reflexión: *el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí* (...). El primer espectáculo de una innumerable multitud de mundos aniquila, por decirlo así, mi importancia como criatura animal que tiene que devolver al planeta (un mero punto en el universo) la materia de que fue hecho, después de haber sido provisto (no se sabe cómo) por un corto tiempo de fuerza vital. El segundo, en cambio, eleva infinitamente mi valor como inteligencia por medio de mi personalidad (...).

Las éticas tradicionales se abocaban a buscar un objeto de la voluntad, al que todos los seres humanos reconocieran como bueno. El acuerdo generalizado es que este objeto era la felicidad. Sin embargo, detrás de este aparente consenso existen dos problemas graves: 1) Los individuos definen la felicidad de diversas maneras, es decir, encontramos una pluralidad de concepciones de vida buena. 2) La búsqueda de la felicidad individual no garantiza el respeto a la justicia que hace posible la convivencia social. Precisamente, la creencia en un supuesto orden universal (en alguna de sus interpretaciones cosmos, Dios, natu-

¹ Para conocer una descripción de este tipo ver: A. MacIntyre, *Tras la virtud*, 2001, Barcelona, Crítica.

raleza) era lo que permitía resolver estos problemas, pues él representaba la instancia encargada de establecer una jerarquía entre las distintas formas de vida y de garantizar que el individuo que respetara el lugar y la función que tenía asignados (por naturaleza) no sólo fuera justo, sino también alcanzara su felicidad (su realización). Al perderse las bases que sustentan dicha creencia los problemas mencionados surgen de nuevo.

Para enfrentar este reto, Kant parte de diferenciar entre el uso teórico y el uso práctico de la razón, en base a las dos perspectivas mediante las que nos relacionamos con el mundo: la perspectiva del observador y la del participante. Gran parte de la tradición filosófica había subordinado la relación práctica a la relación teórica. Se consideraba que a partir de una descripción verdadera del mundo se podían establecer tantos los fines, como los medios de las acciones; de esta manera, se reducía la práctica a una técnica (aplicación del conocimiento teórico). Al ponerse en duda la posibilidad de acceder al conocimiento de un orden universal y necesario, la razón, en su uso teórico, veía reducida su función a establecer los medios más adecuados para acceder a un fin dado. Para la tradición empirista moderna, al igual que para los sofistas en la cultura griega clásica, ello implicaba que los fines de las acciones se definían a partir de una decisión del sujeto, sustentada en las sensaciones de placer y dolor. Según esto, las distinciones morales no dependen de la razón.

Con el objetivo de eludir tanto el Caribdis de la metafísica tradicional, como el Escila del escepticismo, Kant sostiene que no sólo se tiene que recuperar la especificidad del uso práctico de la razón, sino también asumir la prioridad de este último. El primado de la razón práctica significa que, antes de ser observadores del mundo, somos participantes en un sistema de relaciones sociales, en donde ya existe una interpretación implícita de ese mundo. Asumimos la perspectiva del observador cuando carecemos de los medios para solucionar un problema que surge en la relación práctica con el mundo. La filosofía nace del asombro y nos asombramos cuando el saber implícito en la práctica no puede responder a las circunstancias que enfrentamos. En

ENRIQUE SERRANO

segundo lugar, dicha prioridad implica que la perspectiva del observador no es autónoma, sino que depende de los datos obtenidos en la relación práctica. La mayoría de los filósofos que pretendieron encontrar los argumentos teóricos para demostrar la libertad, la existencia del mundo exterior, la presencia de otras conciencias (superar el solipsismo), o bien para refutar el escepticismo, cometieron el error de olvidar este hecho elemental.

El primado del uso práctico de la razón presupone, en tercer lugar, que el uso teórico de la razón, ligado a la perspectiva del observador, es también un modo de práctica. Conocer no es contemplar pasivamente el mundo. Los conceptos y las categorías del entendimiento no reflejan pasivamente la realidad, sino que, como una especie de herramientas espirituales, lo ordenan y transforman para hacerlo accesible al conocimiento. El sujeto sólo puede conocer en toda su amplitud aquello que el mismo produce (*verum et factum convertuntur*).² Por último, la prioridad de la perspectiva del participante implica también que el uso práctico de la razón es más amplio que el uso teórico. Mientras que la teoría nos liga de manera irremediable a la experiencia, la razón práctica nos permite abandonar esa isla de la verdad, para navegar en un extenso y borrasco oceánico en pos de nuestros ideales. Para decirlo sin imágenes, el sentido que debe guiar nuestras acciones no es algo que podamos descubrir a través del conocimiento, sino algo que debemos construir. Por eso es necesario demostrar que la razón tiene la capacidad de intervenir en el proceso de construcción de los fines que orientan las acciones.

El primer recurso que utiliza Kant para cumplir esta tarea consiste en distinguir entre la materia y la forma del querer. La materia denota el objeto de la voluntad y, como hemos señalado, los objetos de la voluntad son diversos y variables; además ningún objeto podría ser

188

² “Entendieron que la razón sólo reconoce lo que ella misma produce según un bosquejo, que la razón tiene que anticiparse con los principios de sus juicios de acuerdo con leyes constantes y que tiene que obligar a la naturaleza a responder a sus preguntas.” (KrV BXIII)

calificado de bueno sin restricciones. La vida y la salud, por ejemplo, son reconocidos por cualquier individuo como bienes básicos; sin embargo ellos no garantizan la bondad moral. El ladrón es, evidentemente, un ser vivo y, además, puede gozar de una espléndida salud. Incluso puede ser el caso que robe para mantenerse en vida; pero, aunque ello representa un importante atenuante de sus actos, no por ello dejan de ser moralmente malos. La tesis central de la ética kantiana consiste en afirmar que el fundamento de validez de los principios morales, el *canon* donde sustentan su carácter obligatorio, sólo puede localizarse en la forma del querer y se agrega que ella es la forma de la legalidad. Esto es lo que expresa el imperativo categórico en su primera formulación: *Obra como si la máxima de tu acción fuese a convertirse por tu voluntad en una ley universal de la naturaleza.*

Esta tesis ha resultado desconcertante para legos, pero también para los filósofos profesionales. Los primeros esperan de una ética un conjunto de normas sobre como deben actuar. Pero, obviamente, el imperativo categórico no satisface esa aspiración. Frente a ello los interpretes profesionales han destacado que el imperativo categórico no es una norma para la acción, sino un metanorma, es decir, una norma para juzgar la calidad moral de las máximas que guía nuestras acciones. Kant no pretende inventar o descubrir una moral, pues, ésta la construyen los individuos en sus complejas interacciones. El imperativo categórico únicamente ofrece un procedimiento reflexivo para juzgar las normas que emanan, de manera espontánea, en la dinámica social. Existe una amplia polémica académica en torno al funcionamiento de este procedimiento, pero también hay un acuerdo en que la idea básica consiste en afirmar que una norma sólo adquiere una validez universal cuando es susceptible de ser aceptada por todos los participantes.

Las normas que pueden sortear con éxito este procedimiento, no son aquellas que definen una forma de vida particular, sino sólo aquellas que establecen los principios de justicia que hacen posible la convivencia en un mundo plural (no robarás, no matarás, cumplirás tu promesa, etc.). El llamado formalismo de la ética kantiana, lejos de ser un defecto, representa una propuesta plausible para conjugar el dato de la plurali-

ENRIQUE SERRANO

dad humana con la exigencia de validez universal propia de la razón. Aunque las interpretaciones que resaltan el carácter procedimental o formal del imperativo categórico están en lo cierto, generalmente pasan por alto un aspecto básico de esa modalidad de imperativo, a saber: el imperativo categórico sí tiene un contenido moral.

Para localizar este contenido volvamos al desconcierto que produce la primera formulación del imperativo categórico. Afirmar que el fundamento de validez de los principios morales se localiza en la forma de la legalidad parece conducirnos a un vacío, pues: ¿Qué es la forma de la legalidad abstraída de todo su contenido? Hemos dado ya una primera respuesta. La forma de la ley es la universalidad, esto es, la exigencia de un consenso generalizado. Pero esto no es suficiente, pues no todo consenso empírico puede garantizar una validez objetiva a las normas. Por ello también es importante tener en cuenta que sólo puede legislarse sobre aquello que está en nuestras manos hacer o dejar de hacer, esto es, la legalidad (en su sentido normativo) se encuentra ligada a la experiencia de la libertad. La tesis de la ética kantiana es, por tanto, que sólo un consenso que se alcanza en condiciones de libertad puede ofrecer un fundamento a las normas morales.

190

La libertad no es un bien que pueda ser otorgado a los individuos por el orden institucional de la sociedad. Las leyes y los poderes que las sustentan protegen el ejercicio de la libertad, pero la libertad es algo que debe conquistar cada individuo, a través de su propio esfuerzo. El contenido moral del imperativo categórico reside en el mandamiento: *Actúa libremente*, esto es, constitúyete en sujeto, o bien, adquiere una personalidad (persona es el sujeto de derechos y deberes). Si entendemos la libertad como la simple ausencia de obstáculos a nuestras acciones, no tendría sentido considerarla un mandamiento moral, ya que ella sería una cualidad espontánea de las acciones. Sin embargo, el imperativo categórico no se refiere a este aspecto empírico de la libertad, sino a la libertad de arbitrio. Mientras el primero responde a la pregunta ¿eres libre de hacer lo que quieres?, en la segunda se responde a la siguiente interrogante: ¿Puedes elegir libremente el objeto de tu querer? Precisamente es la libertad de arbitrio lo que hace del individuo

un sujeto, capaz de actuar no sólo de acuerdo a la ley, sino también por la representación (el respeto) de la ley.

El arbitrio humano puede ser libre no porque carezca de determinaciones, sino porque en él confluyen determinaciones que se encuentran en tensión y que le obligan a realizar una elección en el proceso de formación de los motivos. Como ser natural el arbitrio del ser humano está determinado por las apetencias, como ser cultural se ve determinado por las exigencias normativas del orden social en que vive.³ La descripción del ser humano como un *complexio oppositorum*, –esto es, como una entidad en la que se escenifica, primero, un conflicto entre las apetencias y, segundo, un conflicto entre estas últimas y la razón– es lo que hace posible comprender la posibilidad del libre arbitrio. La elección del libre arbitrio no es la simple alternativa pasiones o razón, ya que en todos los motivos humanos estas dos instancias se encuentran entrelazadas; la decisión de la que emana la libertad consiste en la jerarquía que se establece entre ellas. El libre arbitrio no suprime los estímulos sensibles; lo que hace es distanciarse de ellos para darles una forma compatible con las exigencias normativas de la vida social.

El que la libertad aparezca como una exigencia moral implica que los individuos no tienden a comportarse libremente, ya que adquirir un libre arbitrio requiere de un esfuerzo por parte de ellos. La libertad implica un costo extra, que no siempre se está dispuesto a pagar.⁴ El libre arbitrio presupone que se asume la responsabilidad de las acciones, ante uno mismo y ante los otros. La responsabilidad, que hace del ser

³ “El arbitrio que puede ser determinado por la razón pura se llama libre arbitrio. El que sólo es determinable por la inclinación (impulso sensible, *stimulus*) sería arbitrio animal (*arbitrium brutum*). El arbitrio humano, por el contrario, es de tal modo que es afectado ciertamente por los impulsos, pero no determinado; y, por tanto, no es puro por sí (sin un hábito racional adquirido), pero puede ser determinado a las acciones por una voluntad pura.” MS p. 16-7.

⁴ La libertad es un valor aristocrático; entendida aristocracia en su sentido original, esto es, los mejores, lo que no depende del linaje, ni del lugar que se ocupa en la estructura social, sino de la decisión y la intención moral.

ENRIQUE SERRANO

humano una persona, es aquello que se busca eludir. Precisamente, un buen número de los males que afligen a la humanidad consiste en que los individuos exigen libertad, en el sentido de que los dejen actuar conforme a su querer, pero no están dispuestos a reconocer la responsabilidad ligada al libre arbitrio. Ello puede ser ejemplificado por la actuación de un gran número de individuos en los procesos revolucionarios o en los recientes procesos de transición a la democracia.

En la ética kantiana no se niega el lugar central de la virtud, lo que sucede es que se da una interpretación novedosa de esta noción; una interpretación que responde a la complejidad de las sociedades modernas. En las éticas tradicionales se considera que el individuo virtuoso es aquel que cumple de manera excelente la función ligada al lugar que le es asignado por la naturaleza o por Dios. En la ética kantiana el individuo virtuoso tiene la fuerza de cumplir con los deberes y, con ello, asumir la responsabilidad, relacionarlos con la función que ha elegido cumplir.⁵ Los fines que guían las acciones del individuo son elegidos de acuerdo con sus deseos y capacidades; pero es la razón la que permite establecer un orden entre estos fines para conformar una noción coherente de vida buena que le permita tener la posibilidad de alcanzar la felicidad (la tarea pragmática de la razón); al mismo tiempo, la razón también le permite determinar los medios más adecuados para acceder a sus fines (la tarea técnica). Sin embargo, la razón no se limita a ser una sierva de los deseos del individuo, sino que al cumplir con su tareas pragmática y técnica, paralelamente, ordena al individuo respetar los deberes que se sustentan en ella. Dicho de otra manera, si bien el individuo elige los fines que configuran su noción de vida buena, la razón impone los fines que definen a los deberes morales. El imperativo categórico se puede formular ahora de la siguiente manera: *Obra según*

192

⁵ “Ahora bien, la capacidad y el propósito deliberado de oponer resistencia a un adversario fuerte, pero injusto, es el valor (fortitudo) y, referido al adversario de la intención moral en nosotros es la virtud (virtus, fortitudo moralis).” MS p. 230.

una máxima de fines tales que proponérselos pueda ser para cada uno ley universal.

Kant clasifica estos deberes de virtud⁶ en dos grupos: Deberes para consigo mismo y deberes hacia los demás. Los deberes para consigo mismo se condensan en la exigencia de constituirse en sujeto, esto es, de actuar libremente. Ello implica no reaccionar sin mediaciones a los impulsos sensibles, ni a la manipulación de los poderes sociales, sino tomar una distancia reflexiva para tomar una decisión justificada racionalmente. Los deberes hacia los demás son, en primer lugar, aquellos que se resumen en la reciprocidad, tal y como se expresa en la conocida regla de oro: *No hagas a otro lo que no quisieras que te hiciesen a ti*. Si una persona exige a los otros el respeto a su libertad, ella debe respetar la libertad de los otros. En segundo lugar, existe un grupo de deberes hacia los demás, que van más allá del principio de la reciprocidad, éstos tienen que ver con el amor o simpatía y se expresan en la ayuda que cada uno puede ofrecer al prójimo para superar el sufrimiento y tener las condiciones para alcanzar las metas de su proyecto de vida buena. Entre estos tipos de deberes existe una relación jerárquica. La prioridad reside en los deberes para consigo mismo, ya que éstos hacen posible cumplir con los segundos. En cuanto a los deberes hacia los otros, la ayuda a los semejantes, debe estar subordinada al respeto de su libertad. Se trata de impedir el paternalismo (o populismo, en el caso de los gobernantes), el cual, a partir de buenas intenciones, auténticas o fingidas, niega la libertad del otro.

Lo que mantiene la conexión entre los deberes para consigo mismo y los deberes hacia los demás es la razón. La única manera de comprobar la autonomía de las acciones, núcleo de los deberes para consigo mismo, consiste en cumplir con el imperativo categórico, esto es, ofrecer una justificación de los motivos, susceptible de ser reconocida como válida por cualquier sujeto racional. Para ello se requiere que el

⁶ “Sólo un fin que es a la vez deber puede llamarse deber de virtud.” (MS p. 233) Otro tipo de deber es el deber jurídico, el cual presupone una coacción externa.

ENRIQUE SERRANO

actor se asuma como miembro legislador de un reino de los fines. La conexión entre los dos tipos de deberes es lo que se expresa en la segunda formulación del imperativo categórico. *Obra de tal modo que uses a la humanidad, tanto en tu persona, como en la persona de cualquier otro, nunca sólo como un medio, sino siempre, al mismo tiempo, como un fin.* El vínculo entre la búsqueda personal de la autonomía y el reconocimiento de la autonomía de los otros debe traducirse en el compromiso práctico de constituir un estado civil ético que garantice el ejercicio de la libertad a todos los ciudadanos y, de esta manera, se torne compatible la aspiración a la felicidad y a la justicia. Esta faceta política del imperativo categórico se encuentra en la tercera formulación, en donde se habla de *la idea de la voluntad de todo ser racional como una voluntad universalmente legisladora.*

Si debe realizarse una comunidad ética, entonces todos los particulares han de ser sometidos a una legislación publica, y todas las leyes que los ligan han de poder ser consideradas como mandamientos de un legislador comunitario. (Religión A 129, B 137)

194

Así como la libertad no es un atributo natural de los individuos, sino una bien que debe ser conquistado de manera constante, el orden que hace compatibles la justicia y la felicidad no es una cualidad a priori del ser, sino una idea que debe ser construida políticamente. Alcanzar la virtud, el temple, que hace posible el ejercicio de la libertad individual y constituir el sistema institucional que garantiza ese ejercicio representan los fines que impone la razón. Este proyecto permite superar la insignificancia espacio temporal de los seres humanos, al otorgarles un sentido y, con él, un valor universal.